

PROBLEMAS CON EMILY

James White

I

Debía ser uno de los grandes transportes coloniales, del tipo que transportaba cuatro generaciones de colonos entre las estrellas antes de que la hiperpropulsión hubiera vuelto obsoletas esas gigantescas naves. Conway, mientras lo observaba a través del panel de visión directa situado al lado del escritorio de O'Mara, pensó que, aún comparándole con la tremenda masa del General del Sector, parecía enorme. Excepto las de la cabina de mandos, todas las demás portillas y lucernas habían sido cerradas y protegidas con gruesas planchas de metal, indicando así que en su interior debía existir una presión considerable.

—Tiene que establecer usted una relación entre el Hospital y el doctor y el paciente de esa nave —dijo el psicólogo jefe, observándolo atentamente—. El doctor pertenece a una forma de vida muy pequeña. El paciente es un dinosaurio.

Sabiendo que O'Mara estaba analizando constantemente sus reacciones, Conway intentó dominar su sorpresa.

—¿Qué tiene? —dijo tan solo.

—Nada —respondió O'Mara.

—¿Algún problema psicológico?

O'Mara agitó la cabeza.

—Entonces, ¿qué viene a hacer aquí un ser inteligente, sano de cuerpo y mente...?

—No es inteligente.

Conway suspiró. Era evidente que O'Mara estaba llevando de nuevo con él uno de sus juegos de adivinanzas. Miró otra vez hacia la enorme masa del transporte, y meditó.

Montar un sistema de hiperpropulsión en aquel monstruo, y alterar de aquella manera su estructura básica, debía haber costado mucho dinero. Tanto trabajo y tanto costo para...

—¡Ya lo tengo! —dijo Conway, sonriendo—. Es un nuevo espécimen para estudio...

—¡Por amor de Dios, *no!* —gritó O'Mara, horrorizado. Miró casi asustado hacia una esfera de plástico medio oculta por algunos libros, sobre su escritorio, y añadió—: Se trata de una operación preparada en los más altos niveles... por una subcomisión del Consejo Galáctico ni más ni menos. De qué se trata exactamente, nadie en el Hospital lo sabe. Tal vez el doctor que acompaña al paciente pueda darnos alguna información... Todo lo que nos ha pedido es que colaboremos.

Según O'Mara, el doctor pertenecía a una especie recientemente descubierta, que en principio había sido clasificada como VUXG. Eso quería decir: una especie con ciertas facultades extrasensoriales, que tenía casi la facultad de poder transformar cualquier sustancia en energía para sus necesidades físicas, y que podía adaptarse a cualquier ambiente. Eran seres muy pequeños, y que podían ser considerados como indestructibles.

El médico VUXG era telépata, pero por una cuestión de principios no podía usar esa facultad para comunicarse con una especie que no poseyera el mismo poder. Así pues, debería usar el Traductor. La especie a que pertenecía el médico era muy antigua, y no había en ella ninguna tradición guerrera.

Era una especie antigua, sabia e humilde. Muy humilde. Tanto, que llegaban a despreciar a las especies que no lo eran...

—A mi modo de ver, una cosa no pega con la otra —dijo Conway.

Vio que los labios de O'Mara se fruncían súbitamente, y otra voz surgió en la sala: una voz átona, traducida.

—No comprendo bien esa última frase —dijo la voz—. Pegar una cosa... ¿unirla... adherirla...? Aunque admito que mis capacidades mentales son muy pocas, debo sugerir con

toda humildad que el mal tal vez no esté en mí, sino en esa tendencia que tienen las especies más jóvenes y menos prácticas como la de ustedes para hacer ruidos sin sentidos cuando no hay necesidad de hacer ningún ruido.

Fue entonces cuando Conway, estupefacto, miró hacia la esfera transparente sobre el escritorio de O'Mara, y observó que de ella surgían hilos que enlazaban con un Traductor. Dentro de la esfera flotaba *algo*...

—Doctor Conway —dijo secamente O'Mara—, le presento al doctor Arretapec, su nuevo jefe. —Y moviendo los labios sin pronunciar ningún sonido, remató—: ¡Gran estúpido!

La *cosa* que flotaba en la esfera del plástico, y que parecía una ciruela seca rodeada de jarabe, era el doctor VUXG... Conway parpadeó. Afortunadamente, el Traductor reproducía tan solo las palabras, y no el tono en que eran pronunciadas, que en esta ocasión había sido evidentemente sarcástico.

—Como es indispensable una estrecha cooperación, y la masa de Arretapec es muy pequeña, usted lo llevará mientras estén de servicio —explicó O'Mara, que inmediatamente tomó la esfera y la fijó al hombro de Conway. Cuando terminó, dijo—: Puede retirarse. El doctor Arretapec le dará las órdenes necesarias.

Camino a la Escotilla Diecisiete, el punto en que el Hospital estaba ligado a la nave que contenía al paciente, Conway intentó explicarle al doctor extraterrestre la organización del Hospital del General Sector.

El doctor Arretapec hizo algunas preguntas pertinentes de tanto en tanto, pareciendo interesado.

Cuando Conway llegó a la otra nave —y aunque se esperaba algo así—, se sintió sorprendido ante el tamaño de su interior. Con excepción del alojamiento de los generadores de gravedad, en los dos niveles más cercanos al ca exterior; los ingenieros del Cuerpo de Monitores habían cortado todo lo necesario para dejar un gran espacio esférico vacío de cerca de seiscientos metros de diámetro. La superficie interior de la esfera era un caos de humedad y barro. Grandes montañas de vegetación arrancada de raíz yacían por todas partes, muchas de ellas parcialmente cubiertas por el barro. Conway notó también que gran parte de ella estaba mustia y seca.

Conway miró a su alrededor, buscando al paciente.

Al otro lado de la esfera, el pantano se convertía en un lago pequeño pero aparentemente profundo. Había movimientos imprecisos y torbellinos bajo su superficie. Repentinamente, una cabeza pequeña al extremo de un largo y sinuoso cuello surgió a la superficie, miró a su alrededor y se sumergió de nuevo con un tremendo salpicar.

Conway miró hacia el lago y hacia el terreno que los separaba de él y dijo:

—Hay mucho trecho para andar. Iré a buscar un cinturón antigravitatorio.

—No es necesario —dijo Arretapec. El suelo huyó súbitamente bajo sus pies, y ambos fueron lanzados a través del espacio en dirección al distante lago.

Clasificación VUXG, pensó Conway; poseyendo algunas facultades psi...

II

Se posaron suavemente junto al lago. Arretapec le dijo a Conway que quería concentrar sus pensamientos durante algunos minutos, y le pidió que se mantuviera callado y quieto. Pocos segundos más tarde empezó a sentir comezón en los oídos. Evitó rascarse y concentró su atención en la superficie del lago.

Súbitamente, un cuerpo enorme como una montaña, de color amarronado, irrumpió en la superficie del agua, y un largo cuello en forma de embudo y una cola parecida empezaron a golpearla con una explosiva violencia. Agitándose siempre como un loco, el monstruo ascendió hasta el margen del lago y se hundió en el lodo hasta las rodillas. Conway calculó que las rodillas estarían por lo menos a tres metros del suelo, y que de la cabeza a los pies el monstruo debía medir más de treinta metros. Calculó que su peso sería de unas treinta

a treinta y cinco toneladas. Aparentemente no poseía ninguna defensa natural excepto el extremo de su cola, que mostraba una sorprendente movilidad para un miembro tan pesado, y una joroba ósea de la que surgían dos espolones córneos de amenazador aspecto.

El gran reptil continuó removiendo el barro hasta caer de rodillas, y entonces curvó el cuello y ocultó la cabeza bajo la barriga. Era una postura ridícula, pero patética.

—Está muy asustado —dijo Arretapec—. Estas condiciones no corresponden exactamente a su verdadero ambiente.

Conway asintió. Debía haber habido algún problema con las parrillas gravitatorias. Eso explicaba el caos del paisaje. Preguntó:

—El estado mental del paciente, ¿es de gran importancia para su trabajo?

—Es fundamental —dijo Arretapec.

—Entonces lo primero que habrá que hacer será conseguir que se sienta más feliz con su destino —dijo Conway. Tomó una muestra del agua, otra del barro y varias de las especies vegetales más próximas, y preguntó—: ¿Hay aquí alguna otra cosa que podamos hacer?

—De momento no puedo hacer nada —respondió Arretapec. El Traductor, como siempre, no transmitió ninguna emoción, pero Conway tuvo la impresión de que su compañero estaba profundamente decepcionado.

Apenas cruzar la escotilla, Conway se dirigió directamente hacia los comedores de las criaturas de sangre caliente respiradoras de oxígeno. Tenía hambre.

Encontró en la sala a muchos de sus compañeros, orugas DBFL que eran lentas en todo menos en la sala de operaciones, DBDG como él mismo, enormes tral-than FGLI con los OTSB que vivían en simbiosis con ellos. Pero en lugar de conversar con toda aquella gente, Conway intentó reunir todas las informaciones posibles sobre el planeta de origen del reptil.

Para hablar más fácilmente, sacó a Arretapec de la esfera de plástico y lo colocó sobre la mesa. Al terminar de comer, observó que la criatura había disuelto —ingerido— un buen trozo del mantel de plástico, de un diámetro de cinco centímetros.

—Cuando meditamos profundamente —explicó Arretapec—, nuestro proceso de alimentación es automático e inconsciente. No comemos por placer, como evidentemente hacen ustedes. Eso diluiría la calidad de nuestro pensamiento. De todos modos, si causé algún perjuicio...

Conway dijo que un mantel de plástico no tenía la menor importancia, pero salió del comedor tan aprisa como pudo. Fue a buscar el análisis de las muestras y se dirigió a la oficina del jefe de Manutención. Había allí una especie de osito de peluche nidiano, con un brazalete orlado de oro, y un humano terrestre con un uniforme de Monitor y galones de coronel con la insignia del rayo que era el símbolo de Ingeniería.

Conway explicó lo que pretendía, y preguntó si era posible.

—Es posible —dijo el osito de peluche—. Pero eso va a costar...

—O'Mara ha dicho que no importa lo que cueste —observó Conway, señalando a la criatura colocada en su hombro—. Lo que pretende es la máxima cooperación.

—En ese caso adelante —dijo el coronel, mirando admirativamente a Arretapec—. Necesitamos transportes para traer todo el material de su planeta de origen... es más barato que proceder a su síntesis y necesitaremos dos compañías completas de la División de Ingeniería, con todos sus autómatas, en lugar de los veinte hombres que trajeron la nave hasta aquí. —Hizo unos rápidos cálculos mentales y concluyó—: Tres días.

Aún considerando que los viajes por hiperpropulsión eran instantáneos, no cabía dudar que aquello era muy rápido. El coronel observó:

—Si no dijera al menos para qué es todo eso...

Conway esperó unos instantes la respuesta de Arretapec, pero el VUXG se mantuvo silencioso. Así pues, se limitó a murmurar:

—No lo sé y salió apresuradamente.

La puerta por la que entró a continuación llevaba una placa que rezaba: «Dietista Jefe —Especies DBDG, DBLF y FGLI— Doctor K. W. Hardin». El doctor Hardin levantó la cabeza de unos papeles que estaba estudiando y gruñó:

—¿Qué diablos quiere *usted*?

Conway no se dejó impresionar por el tono del hombre. El Dietista Jefe era un hombre que no gustaba de los extraños, había oído decir, y solía mostrarse duro y poco amable con las personas a las que no conocía, e incluso con algunas de las que conocía. Pero era un hombre eficiente en su trabajo y cuya rudeza era sólo superficial. Conway le explicó en pocas palabras lo que quería.

—¿Quiere decir que tengo que replantar toda la comida que ese bicho devore —interrumpió el Dietista Jefe—, de modo que él crea que vuelve a crecer naturalmente? ¿Pero quién cree usted que soy? ¿Y cuánto come al día esa sucia y gorda vaca? Conway le dio las cifras que había calculado.

—¿Tres *toneladas* y media de hojas de palmera diariamente? —gritó Hardin, subiéndose prácticamente a su escritorio—. ¿Y tallos tiernos de...? ¡Dios mío! ¡Tres toneladas y media! ¡Ah...!

Salieron, antes de que Hardin estallara. Conway le explicó al VUXG que Hardin no se negaría a cooperar y que, aunque no lo pareciera, era tan comprensivo como todos los demás jefes. Arretapec respondió que los miembros de las especies inmaduras y de corta vida no podían reaccionar de otro modo.

En su segunda visita al paciente, Conway se llevó un cinturón G, y así se independizó de la capacidad teleportadora de Arretapec. Flotaron alrededor de la montaña de carne y hueso que era la criatura, pero sin que Arretapec la tocara ni por un momento. No ocurrió nada, salvo que la criatura mostró, de tanto en tanto, señales de agitación, y Conway sintió simultáneamente comezón en los oídos.

Al regresar al Hospital, Conway bostezó. Al parecer, Arretapec no tenía la menor idea de lo que era el sueño. De cualquier modo, el médico se dirigió a su dormitorio, colocó al VUXG sobre su escritorio, y se acostó.

Arretapec debió haber estado pensando muy profundamente durante toda la noche: cuando Conway se levantó, el tablero del escritorio mostraba un precioso hueco de ocho centímetros de diámetro.

III

Por la tarde del segundo día se produjo una discusión entre los dos médicos. El VUXG le pidió a Conway que se mantuviera quieto y en silencio mientras él se sumergía en una de sus meditaciones. Pero la comezón surgió de nuevo en dos oídos de Conway, más intensa que nunca. Apenas notó los chorros de barro y agua lanzados por el dinosaurio mientras salía del agua y se encaminaba hacia el margen. La comezón se volvió tan molesta que, con un grito repentino, se dio una palmada en la oreja y se rascó furiosamente un oído. Aquello le produjo un alivio inmediato, pero...

—No puedo trabajar con usted moviéndose de esa manera —dijo Arretapec con precipitadas palabras—. Así que déjeme inmediatamente solo.

—No me estaba moviendo —protestó Conway—. Me estaba picando un oído y...

—Una comezón, cuando conduce a una reacción como la suya es síntoma de un desarreglo físico que debe ser tratado inmediatamente —observó el VUXG—. De no ser así, será consecuencia de la presencia de una forma de vida parasitaria o simbiótica en su cuerpo, quizá sin su conocimiento. Yo especifiqué que mi asistencia debía tener una salud perfecta, y no ser miembro de una especie que, consciente o inconscientemente, fuera portadora de parásitos... De no ser por su repentino movimiento, tal vez en esta ocasión hubiera conseguido algo... así que vayase.

—Usted, gran...

El dinosaurio eligió aquel momento para volver al agua, con la mayor panzada de todos los tiempos. Conway se vio salpicado de agua y lodo, mientras la pequeña y líquida onda sísmica mojaba sus pies. Aquello le hizo callar, y le dio tiempo para comprender que no había sido insultado personalmente.

—¿Qué es lo que cree que habría conseguido? —preguntó sarcásticamente.

—No puedo decírselo —respondió Arretapec—. Mis propósitos son... vastos. Es algo para el futuro. Usted no lo comprendería.

—¿Cómo lo sabe? Si me dijera lo que intenta tal vez pudiera...

—No puede.

—Mire —dijo Conway, expulsado—, usted ni siquiera intentó usar todos los recursos de este Hospital. Sea lo que sea lo que pretende de su paciente, el primer paso hubiera debido ser un examen completo: inmovilización, rayos X, biopsia... Así dispondría de importantes elementos fisiológicos...

—¿Quiere decir que usted cree que para comprender un mecanismo o un organismo complicado es preciso dividirlo en sus partes de modo que puedan ser comprendidas individualmente? —observó Arretapec—. Nosotros no creemos que un objeto tenga que ser destruido... aunque sólo sea parcialmente... para que pueda ser comprendido. Sus métodos de investigación son muy burdos para mí. Le aconsejo que me deje.

Furioso, Conway lo dejó.

Su primer impulso fue dirigirse al psicólogo jefe. Pero si hablaba con O'Mara en aquel estado de espíritu, era muy posible que O'Mara sacase la conclusión de que él era psicológicamente inestable y que por ello no podía conservar su posición. Podría enviarlo a cualquier hospital planetario y eso, para Conway, sería la mayor tragedia de su vida. Pero si no iba a hablar con O'Mara, ¿dónde ir?

Había una cosa que podía hacer: una cosa que ya debería haber dicho, si todo aquello no hubiera ocurrido tan aprisa.

La biblioteca del Hospital poseía alguna documentación sobre los viejos tiempos de la Tierra. Conway se dirigió hacia allá y se instaló en una mesa de lectura.

El tiempo transcurrió muy rápidamente.

«Dinosaurio», supo inmediatamente Conway, era tan sólo un término general aplicado a los reptiles gigantes. El paciente, exceptuando su mayor tamaño y la punta ósea en la cola, era idéntico a los brontosaurios que habían vivido en los pantanos del período jurásico, y que también eran herbívoros, pero no poseían medios de defensa contra los carnívoros. Había también muchos datos fisiológicos que Conway absorbió con gran satisfacción.

La columna vertebral estaba compuesta por grandes vértebras, y con excepción de las vértebras caudales todas ellas eran huecas... lo que hacía posible un peso relativamente bajo para el cuerpo, en relación con su tremendo tamaño. Eran ovíparos. La cabeza era pequeña, y la caja craneana una de las más pequeñas entre los vertebrados. Pero adicionalmente al cerebro había un centro nervioso bien desarrollado en la región de las vértebras sacras, el cual era varias veces mayor que el cerebro propiamente dicho. Se suponía que los brontosaurios habían crecido lentamente, y su enorme tamaño era explicado por el hecho de que vivían doscientos o más años.

Su única defensa contra sus rivales contemporáneos era correr al agua y permanecer largo tiempo en ella. Podían pastar debajo del agua y, al parecer, necesitaban tan sólo llenar muy de tarde en tarde sus pulmones de aire. Se habían extinguido cuando las alteraciones geológicas habían secado los pantanos, dejándolos a merced de sus enemigos naturales.

Una autoridad en la materia decía que esos saurios habían sido el mayor fracaso de la naturaleza. Sin embargo, según decía otra, se había desarrollado a través de tres períodos geológicos, el triásico, el jurásico y el cretáceo, que sumaban en total ciento cuarenta millones de años, un tiempo demasiado largo para un «fracaso», considerando que el hombre existía desde hacía apenas medio millón de años...

Conway salió de la biblioteca con la convicción de que había descubierto algo

importante, pero sin saber exactamente qué era. Sentía un intenso sentimiento de frustración. Tras una comida apresurada decidió que necesitaba mayor información y que había tan sólo una persona que podía proporcionársela. Se dirigió al despacho de O'Mara.

—¿Dónde está nuestro pequeño amigo? —preguntó el psicólogo con un tono seco—. ¿Hubo alguna discusión?

Conway tragó saliva y respondió:

—El doctor Arretapec quiso quedarse solo con el paciente durante algún tiempo, y yo he estado en la biblioteca aprendiendo algo sobre los dinosaurios. ¿Tiene alguna información para mí?

—Alguna —dijo O'Mara. Miró de tal modo a Conway que le hizo pasar unos segundos muy incómodos. Luego murmuró—: Lo que sé es...

La nave exploradora del Cuerpo de Monitores que había descubierto el planeta natal de Arretapec diera a sus habitantes el secreto de la hiperpropulsión, tras comprobar el alto nivel de civilización alcanzado por sus habitantes. Uno de los primeros planetas visitados por ellos fue un mundo primitivo, vacío de vida inteligente, pero una de sus formas de vida les interesaron. Era el gigantesco saurio. Dijeron a los dirigentes de la Galaxia que, si eran ayudados, podían conseguir algo que beneficiaría a toda la civilización, y como era imposible a cualquier especie telepática mentir o siquiera comprender lo que era una mentira, recibieron esa ayuda y, así, Arretapec y su paciente habían llegado al Hospital. Había también algo más: aparentemente, las facultades psi de los VUXG incluían una especie de conocimiento anticipado del curso de los acontecimientos. Pero este conocimiento existía solamente en lo referente a poblaciones, nunca a individuos, además de que apenas se aplicaba a futuros muy distintos, y de una forma tan nebulosa que, en la práctica, casi no tenía ninguna utilidad.

Conway salió del despacho de O'Mara más confuso que nunca.

No conseguía ordenar sus ideas en una sucesión lógica. Su cerebro estaba envuelto en una espesa niebla... Debía existir alguna relación entre la llegada de Arretapec y aquella acusada fatiga. ¿Y qué significaban los ataques de comezón?

Súbitamente, Conway se dio cuenta de que su trabajo con el VUXG no eran tan sólo frustrante o molesto. Su propia seguridad estaba aparentemente en peligro. ¿La comezón podía ser debida a algún nuevo tipo de bacteria, no detectable por los medios usuales? Sería mejor hacerse examinar.

Por el momento se sentía demasiado cansado para ello. A la mañana siguiente, decidió, hablaría con el doctor Mannon.

IV

A la mañana siguiente encontró otro hueco de cinco centímetros de diámetro en el tablero de su escritorio, y a Arretapec arrellanado en su fondo. Apenas se levantó, la criatura dijo:

—Creo que tal vez esperé demasiado en materia de autodominio, estabilidad emocional y capacidad para soportar o ignorar pequeños agentes irritantes físicos, por parte de un miembro de una especie que, relativamente, posee una baja mentalidad. Por lo tanto, haré lo posible para no darme cuenta de esos detalles en nuestras futuras relaciones.

Pasaron algunos segundos antes de que Conway comprendiese que Arretapec le estaba ofreciendo sus disculpas, aunque fuesen las disculpas más insultantes que hasta entonces hubiera oído, Conway mantuvo su autocontrol, y se mordió la lengua para no responder lo que estaba deseando. Por el contrario, sonrió e insistió en que, en el fondo, la culpa había sido suya. Luego fueron a ver de nuevo a su paciente.

El interior del transporte había cambiado de tal modo que se había vuelto irreconocible. En lugar de una esfera hueca revestida de barro, agua y follaje, tres cuartas partes de la superficie disponible eran ahora una representación perfecta de un paisaje mesozoico. No era exactamente el mismo que viera Conway en las imágenes que observara la vispera porque la flora era otra... pero la diferencia era escasa.

Así como antes era posible ver la parte opuesta de la esfera hueca, ahora se veía en lo alto una niebla blancoazulada en la que ardía un sol muy convincente. El centro de la nave estaba casi enteramente ocupado por ese gas semiopaco, de modo que sólo quien tuviera conocimiento previo del hecho se podía dar cuenta de que no estaba en un verdadero planeta, con un verdadero sol brillante en el cielo. Los ingenieros habían hecho un buen trabajo.

—Nunca creí que fuera posible realizar aquí un trabajo de reconstrucción tan perfecto —reconoció Arretapec súbitamente—. Merece usted todas mis felicitaciones. Esto ha de causar muy buen efecto sobre nuestro paciente.

La forma de vida objeto de su discusión —los ingenieros, por alguna razón muy particular, le habían puesto el nombre de Emily—, estaba devorando, muy contenta, la copa de un árbol semejante a una palmera, de nueve metros de altura. El hecho de encontrarse en tierra seca en lugar de bajo el agua indicaba su buen estado de ánimo. Aparentemente, el neobrontosaurio no encontraba en aquel mundo nada que lo afligiese.

—Esencialmente, es lo mismo que montar una nueva sala para el tratamiento de un nuevo paciente —dijo Conway modestamente—. La única diferencia es la escala del trabajo.

—Incluso así, estoy impresionado —dijo Arretapec.

Se aproximaron una vez más. Arretapec le dijo que se mantuviese calmado y silencioso. De pronto, Conway comenzó a sentir nuevamente la comezón. Al principio, y como de costumbre, la sintió tan solo en el interior del oído derecho, pero aumentó de intensidad hasta que todo su cerebro pareció lleno de mordientes insectos. Aquello era algo muy serio, no se trataba únicamente de su imaginación. Se llevó las manos a la cabeza con un gesto tal de pánico que tiró la esfera de Arretapec al suelo.

—Está usted agitándose de nuevo —dijo el VUXG.

—Yo... lo siento mucho —jadeó Conway. Murmuró algo incoherente acerca de que tenía que irse inmediatamente, y huyó.

Tres horas más tarde estaba sentado en la sala de exámenes DBDG del doctor Mannon, mientras el perro que acompañaba siempre al médico saltaba hacia él y se revolcaba por el suelo, intentando convencerlo de que jugara un poco con él. Pero Conway no sentía la menor inclinación a cumplir los rituales saltos y carreras que competía con el perro cada vez que tenía tiempo para ello. Ahora su atención estaba centrada en los papeles que Mannon leía atentamente desde el otro lado de su escritorio. Finalmente, Mannon alzó los ojos.

—No tiene usted absolutamente nada —dijo en tono definitivo. Y tras un momento añadió—: No dudo que sufra usted esas sensaciones... fatigas, prurito, etc., pero... ¿En qué caso está trabajando actualmente?

Conway se lo dijo, Mannon sonrió un par de veces durante la narración.

—Supongo que es la primera vez que está expuesto durante largo tiempo a la proximidad de una forma de vida telepática... y yo soy la primera persona con la que habla usted de este problema... Supongo que, aunque usted sienta con mayor intensidad ese prurito cuando se halla cerca del VUXG y del paciente, sigue notándolo, aunque de una forma mucho más atenuada, en otras ocasiones...

—Sí. Lo sentí hace apenas cinco minutos.

—Naturalmente, de una forma muy débil debido a la distancia. Por lo que me dice al respecto, no tiene por qué preocuparse. Sin saberlo, Arretapec está intentando convertirlo a usted en telépata. Se lo explicaré...

Al parecer, el contacto prolongado con ciertas formas de vida telepáticas estimulaba un área del cerebro humano que o era embrión de una futura función de aquel tipo, o un vestigio atrofiado de algo que existiera en un pasado muy distante.

El resultado era una irritación muy incómoda, pero sin ningún efecto perjudicial. En algunas raras ocasiones, eso producía también en el humano una especie de telepatía artificial, que lo conducía a recibir los pensamientos del telépata al que era expuesto,

aunque no de otra persona. La facultad era temporal, y desaparecía cuando el ser responsable de aquello dejaba al humano.

—Pero esos casos de telepatía inducida son extremadamente raros —concluyó Mannon—. Es evidente que usted tan sólo capta la irritación, ya que de otro modo podría leer los pensamientos de Arretapec, y saber así lo que él está pretendiendo...

Mientras el doctor Mannon hablaba, el cerebro de Conway trabajaba furiosamente. Vagamente, los acontecimientos pasados con Arretapec y el brontosaurio volvieron a su mente, así como retazos de sus conversaciones con el VUXG y sus propias investigaciones acerca de la vida —y extinción— de las razas de reptiles gigantes de la Tierra. Como resultado de todo aquello una idea se iba formando en su cabeza. Pero era una idea loca e incompleta, sin el menor sentido. ¿Qué podía pretender conseguir Arretapec de un paciente como el brontosaurio... un paciente que no sufría absolutamente de nada?

—¿Perdón? —Conway se dio cuenta de que Maimón le había dicho algo que no había comprendido en absoluto.

—Le decía que, si sabe lo que Arretapec está intentando, me lo comunique —repitió Mannon.

—Sí, sé lo que está intentando —respondió Conway—. O, por lo menos, creo que lo sé. Y comprendo por qué Arretapec no quiere hablar de ello: resultaría ridículo que lo hiciera... hasta la propia idea de la tentativa es ridícula. Lo que no sé es por qué está intentándolo...

—Doctor Conway —dijo Mannon con un tono de decepción en su voz—, si no quiere explicarme con mayor claridad de lo que está hablando, será mejor que ni usted ni yo sigamos perdiendo más nuestro tiempo...

Conway se levantó inmediatamente. Tenía que regresar junto a Arretapec. Ahora tenía una vaga idea de lo que estaba ocurriendo. Distraídamente, dijo:

—Lo siento, mucho, señor, pero no puedo decírselo. Por lo que acaba de decirme, es muy probable que lo que sé me haya venido directamente del cerebro de Arretapec, por vía telepática, y por lo tanto sea una información secreta. Tengo que apresurarme. De todos modos, se lo agradezco mucho...

Apenas salió del despacho de Mannon, Conway se dirigió al comunicador más próximo y llamó a Manutención. Preguntó apresuradamente:

—¿El casco del transporte es lo suficientemente fuerte como para resistir el choque de un cuerpo de cerca de tres toneladas y media moviéndose a... cualquier velocidad entre treinta y ciento sesenta kilómetros por hora? ¿Qué medidas de seguridad habría que adoptar si eso ocurriera?

Hubo un largo silencio, y la voz del coronel de Ingeniería preguntó:

—¿Está usted bromeando? Sería capaz de atravesar el casco como si fuera mantequilla. Pero, aunque eso ocurriera, el volumen de aire dentro de la nave es tan grande que habría tiempo de sobra para que el personal de manutención pudiera vestir los trajes de presión. ¿Por qué hace esta pregunta?

Conway pensó rápidamente. Le dijo al coronel que estaba preocupado con las parrillas gravitatorias del transporte, y que era probable que una de ellas invirtiera su polaridad, lanzando al brontosaurio hacia arriba en lugar de mantenerlo contra el suelo...

El coronel admitió agríamente que las parrillas gravitatorias podían ser cambiadas a repulsión, así como enfocadas para que actuaran como rayos presores o tractores, pero que esta inversión no se producía sencillamente porque alguien soplara sobre ellas. Existían dispositivos de seguridad...

—No importa —dijo Conway—. Sería mejor que ajustaran las parrillas de modo que, cuando un cuerpo muy pesado se les acercara cayendo sobre ellas a una determinada velocidad, pudieran pasar automáticamente a repulsión. Sólo como medida de seguridad. ¿Es posible?

—¿Es una orden, o se trata tan sólo de una sugerencia?

—Me temo que sea una orden.

—Entonces es posible —el coronel cortó inmediatamente.

Conway fue a reunirse con Arretapec.

Al quinto día de su asociación, Conway le dijo a Arretapec:

—Tengo la seguridad de que su paciente no sufre de ningún mal físico ni psíquico, de modo que tengo que concluir que está usted intentando conseguir alguna alteración en su estructura cerebral por medios telepáticos o cualquier otra cosa semejante. Si mis conclusiones son correctas, poseo información que creo podría serle útil o, por lo menos, interesarle.

»Hubo un reptil gigante parecido a su paciente que vivió en mi planeta, hace mucho tiempo. Por los restos hallados por nuestros arqueólogos sabemos que poseía un segundo centro nervioso varias veces mayor que el cerebro en la región de las vértebras sacras. Posiblemente para gobernar los movimientos de las piernas traseras, cola, etc. Si nos hallamos con el mismo caso, me temo que tenga que enfrentarse entonces con dos cerebros en lugar de con uno.

Mientras esperaba la respuesta de Arretapec, Conway dio las gracias de que el VUXG perteneciera a una especie que jamás pensaría en utilizar la telepatía con no telepatas. De hacerlo así, sabría que Conway tenía la *certeza* de que el paciente poseía dos centros nerviosos... porque, una noche, cuando todos dormían, alguien, a petición del propio Conway, había usado un protector de rayos X y una cámara y había observado al confiado dinosaurio.

—Sus conclusiones son correctas —dijo Arretapec tras una pausa—, y su información es interesante. Nunca pensé que una criatura pudiera tener dos cerebros. Sin embargo, eso explica la sorprendente dificultad de comunicación que experimenté con esa criatura. Tengo que investigar.

Conway, sintió de nuevo la comezón en su cabeza. No se movió. La comezón terminó desapareciendo, y Arretapec dijo:

—Estoy obteniendo una respuesta. Por primera vez estoy obteniendo una respuesta —la comezón regresó de nuevo a su cerebro y aumentó lentamente...

Era como si alguien estuviera horadando aquel cerebro, pobre y trémulo, con un palo oxidado. Nunca había pasado por algo semejante, pensó Conway: era una auténtica tortura...

Luego, súbitamente, hubo un cambio sutil en las sensaciones. No disminuyeron: al contrario, hubo algo que aumentó de intensidad. Conway tuvo una breve visión de lo que se parecía a una grabación dañada, la belleza de una obra maestra desfigurada. Por un momento, y a través de tremendos dolores, supo todo lo que había en la mente de Arretapec.

Ahora lo sabía *todo*...

El VUXG continuó obteniendo respuestas durante todo el día, pero eran erráticas, violentas y faltas de dominio. Tras una respuesta particularmente dramática, el dinosaurio pareció presa de pánico y se sumergió en el lago, arrasando árboles a su paso. Arretapec resolvió parar.

—Es inútil —dijo—. La criatura no utiliza lo que le estoy enseñando, y cuando fuerzo las cosas aparece el miedo.

Conway comprendió que Arretapec estaba contrariado. Cuando regresó a sus apartamentos, por la noche, aún estaba rompiéndose la cabeza en busca de una solución. La encontró antes de dormirse.

A la mañana siguiente consiguió hallar al doctor Mannon exactamente en el momento en que iba a entrar en la sala de operaciones DBLF.

—Doctor, ¿podría prestarme a su perro? —dijo Conway.

—¿Para qué? —preguntó suspicazmente Mannon. Adoraba a su perro.

—No le haré ningún daño —dijo Conway tranquilizadamente.

—Está bien.

Diez minutos más tarde, el perro, ladrando furiosamente, corría arriba y abajo por la habitación de Conway, tras él, mientras Conway lo atraía y lo engañaba con un coloreado almohadón. Finalmente, el perro consiguió atraparlo y rodó por el suelo, arañándolo,

ladrando y resoplando.

Conway se vio inmediatamente lanzado al aire e inmovilizado a dos metros de altura, con la cabeza doblada para no golpear contra el techo de plástico.

Sobre su escritorio, la voz de Arretapec gruñó:

—No creí que usted decidiera convertir esto en una demostración de inútil sadismo al que tan aficionados son ustedes los humanos terrestres. Estoy impresionado, horrorizado. Deje irse inmediatamente a ese pobre animal.

—Bájeme —dijo Conway— y le explicaré...

Al octavo día, devolvieron el perro al doctor Man-non, y volvieron a su trabajo con el dinosaurio. A finales de la segunda semana seguían trabajando y Arretapec, Conway y su paciente eran el centro de todas las conversaciones del Hospital. Un día, en el comedor, Conway notó que el anunciador mencionaba su nombre...

—... O'Mara por el comunicador. Doctor Conway, por favor, póngase en contacto con el mayor O'Mara por el comunicador...

—Disculpe —dijo Conway a Arretapec, instalado sobre el bloque de plástico que el encargado del comedor había colocado ostensiblemente sobre la mesa.

—No se trata de ninguna cuestión de vida o muerte —dijo O'Mara cuando hubo establecido la comunicación—, pero me gustaría que me explicara algunas cosas. Por ejemplo: el doctor Hardin está echando espuma por la boca porque la vegetación que él ülanta con tanto cuidado está siendo ahora pulverizada con un producto químico que convierte su labor en extremadamente desagradable, mientras una cierta cantidad de vegetación con su sabor natural es mantenida en el almacén. ¿Y para qué quiere usted un proyector tridimensional? ¿Y qué tiene que ver el perro de Mannon con todo esto? Aparte el hecho de que el coronel Skepton dice que sus ingenieros andan medio locos montando proyectores de rayos tractores y presores... No es que le importe mucho el trabajo en sí, pero dice que si todo ese material fuera apuntado hacia afuera en lugar de hacia adentro, podrían ustedes apoderarse de un crucero de la Federación.

»Y sus hombres, bueno... —O'Mara descendió el tono de su voz a un tono más coloquial, evidentemente preocupado por lo que tenía que decir—. Un buen número de ellos ha venido a consultarme. Algunos dicen que no pueden creer lo que están viendo sus ojos. Los demás afirman que preferirían elefantes color de rosa.

Hubo un corto silencio. Luego, O'Mara remató.

—Mannon afirma que usted se agarra a la ética y no dice nada. Me pregunto...

—Lo siento mucho, señor —dijo Conway.

—¿Pero acaso no se puede saber qué demonios están ustedes *haciendo*? —gruñó O'Mara. Se encogió de hombros—. Está bien. De todos modos, buena suerte. Adiós.

Conway regresó rápidamente junto a Arretapec y reanudó la conversación donde la habían interrumpido. Tras una pausa, dijo:

—Fue una estupidez por mi parte no tener en cuenta el tamaño. Pero ahora que tenemos...

—Estupidez por *nuestra* parte, amigo Conway —dijo Arretapec—. La mayor parte de sus ideas llevaron a buenos resultados. A veces creo que adivinó usted mis objetivos. Espero que esta idea también dé resultado.

—Mantendré los dedos cruzados.

Mientras se dirigían hacia la nave, Conway sentía cómo la tensión iba subiendo en su interior. Al dar a los ingenieros y a los hombres de Manutención sus instrucciones finales, y al asegurarse de que sabían lo que debían hacer en una emergencia, se dio cuenta de que estaba llevando las cosas demasiado obcecadamente y se reía con un ardor excesivo. Pero no era él solo quien daba señales de tensión. Sin embargo, un poco más tarde, cuando estaba a menos de cincuenta metros del paciente con un equipo que le daba el aspecto de un árbol de Navidad —un cinturón gravitatorio, un proyector tridimensional y su respectivo

visor sujeto al pecho, una radio colgada de los hombros—, su tensión alcanzó el punto de la inmovilidad y de la calma aparente del muelle que ya no puede ser comprimido más.

—Proyector listo —dijo una voz.

—Comida en su lugar —dijo otra.

—Rayos tractores y presores en línea —informó una tercera.

—Muy bien, doctor —dijo Conway a Arretapec, que flotaba en el aire a su lado—. Haga lo que tenga que hacer.

Pulsó un botón en su pecho, e inmediatamente surgió allá arriba una imagen de él de quince metros de altura. Vio la cabeza del paciente ascender, oyó la especie de lamento que soltaba cuando tenía miedo o estaba agitado, y que contrastaba tan extrañamente con sus dimensiones. Vio también que retrocedía hacia el agua. Pero Arretapec estaba irradiando furiosamente sobre los dos pequeños cerebros, enviando grandes oleadas de calma y confort... y el gran reptil se calmó. Muy lentamente, como si no quisiese asustarlo, Conway pasó tras él, agarró lo primero que se le puso a mano y lo tendió hacia el animal. Su imagen de quince metros hizo lo mismo.

Pero en el lugar donde descendió la enorme mano de la imagen había un enorme montón de comida. Cuando la mano subió, la comida siguió allí, mantenida en su posición por tres rayos presores. El montón de frescas y húmedas plantas y copas de palmeras fue colocado cerca del aún inquieto dinosaurio, aparentemente por la gigantesca mano que se apartaba. Tras lo que a Conway le pareció una eternidad, el largo y sinuoso cuello descendió y la pequeña cabeza olisqueó la comida. Luego comenzó a mordisquear...

Conway repitió los movimientos. Y él y su imagen de quince metros continuaron aproximándose.

El dinosaurio podía comer fácilmente la vegetación que lo rodeaba, pero como había sido pulverizada por el doctor Hardin no tenía un sabor muy agradable. Sin embargo, la criatura sabía que aquellos trozos de vegetación que le habían sido depositados delante eran buenos, pertenecían a aquella calidad fresca y succulenta que habían desaparecido sin que él supiera exactamente cómo. Los mordiscos aumentaron de intensidad, y empezó a tragar grandes bocados.

—Muy bien —dijo Conway—. Fase dos...

VI

Usando como guía el pequeño visor que mostraba su imagen en relación con el dinosaurio, Conway avanzó de nuevo. Al otro lado del casco entró en acción otro rayo presor, que trabajó sincronizado con la mano de él, que aparentemente acariciaba el enorme cuello del paciente, con una presión firme pero suave. Tras un instante de pánico, el paciente volvió a comer, aunque estremeciéndose de tanto en tanto. Arretapec dijo que el animal empezaba a sentirse satisfecho con la sensación.

—Ahora vamos a cambiar las tornas —dijo Conway.

Dos manos enormes se apoyaron en el costado del animal, y los rayos presores le hicieron caer. El choque fue de tal intensidad que el suelo se estremeció. Aterrorizado, el monstruo se debatió en una tentativa para volver a ponerse en pie. Pero en lugar de infligirle daños mortales, las enormes manos seguían acariciándolo. El dinosaurio se calmó y, cuando empezó a dar muestras de sentirse nuevamente satisfecho, las manos se colocaron en una nueva posición, y los rayos tractores y presores agarraron el cuerpo, lo colocaron de pie y lo hicieron caer del otro lado.

Usando el cinturón gravitatorio para aumentar su movilidad, Conway comenzó a saltar por encima del dinosaurio y a su alrededor, mientras Arretapec le informaba constantemente del efecto de los estímulos. Le hizo mil y una cosas al animal, tirándole de la cola y dándole pellizcos en el cuello... con ayuda de los rayos tractores y presores.

Pero, aunque los dos cerebros del animal fuesen pequeños, era mucho más inteligente que un perro, de modo que no tardó en hacer todo lo que Conway pretendía que hiciese.

Después, unas dos horas más tarde, el dinosaurio levantó el vuelo.

Ascendió rápidamente, con sus gruesas piernas moviéndose involuntariamente como si fuese a andar y el enorme cuello y la cola colgando, oscilando lentamente. Sin duda era el cerebro de la región sacra y no el del cráneo el que dirigía la levitación. Pero eso era tan sólo un pormenor. Lo que importaba era la levitación en sí. A menos que...

—¿Le está ayudando? —preguntó Conway a Arretapec.

—No.

Si el VUXG hubiera sido humano, la respuesta habría sido un grito de triunfo.

—¡La buena de Emily! —gritó alguien a través de los auriculares de Conway—. ¡Hey, miren, no se ha parado!

El dinosaurio había ignorado el montón de comida, y seguía subiendo. Sin embargo, miró hacia atrás, y eso le hizo dar una cabriola en el aire. Moviéndose como un loco el cuello y la cola, y eso agravó la situación...

—Es mejor hacerlo descender —dijo otra voz—. El sol artificial puede quemarle la cola.

—Y la voltereta lo ha asustado —observó Conway—. ¡Rayos tractores!

Era ya demasiado tarde. Sol, tierra y aire giraban alocadamente en torno al dinosaurio, que pateaba desesperado buscando algo sólido bajo sus patas. Quería subir, bajar, *cualquier cosa*. Pese a los esfuerzos de Arretapec por tranquilizarlo, el animal se teleportó de nuevo.

Conway vio la gran montaña de carne y hueso lanzarse siguiendo una tangente, al menos cuatro veces más aprisa que su velocidad original. Gritó:

—¡Sector H! ¡Amortigüenlo! ¡Suavemente!

No hubo tiempo ni espacio para que los hombres de los rayos presores amortiguaran la embestida del animal. Pero el dinosaurio se teleportó de nuevo.

—¡Sector C! ¡Va para ahí!

En C se repitió lo que había ocurrido en H; el animal, presa del pánico, se disparó en otra dirección. Y la danza continuó, con el monstruo saltando de un lado para otro de la nave, como una bola de billar...

—Aquí Skempton —dijo una voz autoritaria—. Mis hombres informan que los soportes de los proyectores de los rayos presores no están preparados para... para ese tipo de cosa. Las planchas del casco han cedido en ocho lugares.

—¿Pueden...?

—Estamos sellando las fugas —interrumpió Skempton—. Pero si la cosa sigue va a desmantelar la nave.

El doctor Arretapec intervino en aquel momento:

—Doctor Conway, aunque resulte obvio que el paciente mostró una sorprendente aptitud con su nuevo talento, su uso está siendo dominado por su miedo y por su confusión: Estoy convencido de que su experiencia traumática causará daños irreparables a sus respectivos procesos de pensamiento...

—¡Conway! ¡Atención!

El reptil se había detenido cerca del suelo, a pocos centenares de metros, y luego partió en ángulo recto hacia la posición de Conway. Pero avanzaba en línea recta dentro de una esfera hueca cuya superficie interna se curvaba cortando su trayectoria. Los operadores de los rayos intentaron desesperadamente reducir su velocidad. Pero, súbitamente, el gigantesco cuerpo comenzó a abrir un surco a través de los árboles, que se prolongó luego por la blanda y pantanosa tierra, llevando en su frente una pequeña montaña de vegetación desenraizada. Y Conway se encontraba inmediatamente frente a él.

Antes de que pudiera ajustar el control de su cin-turón gravitatorio la oleada de intenso ruido llegó hasta él. Por unos instantes tuvo la desoladora sensación de que no podía moverse; luego cayó sobre él una lluvia intensa de tierra, barro y hojas arrancadas. El brontosaurio saltaba y brincaba, pese a su enorme peso, intentando mantenerse sobre sus pies, loco de terror, buscando ocultarse de sí mismo y de todo lo que le había ocurrido en el único refugio que siempre había sido seguro para él.

Gritó y luchó en una frenética tentativa por llamar la atención hacia él, sabiendo que el cinturón gravita-torio y la radio habían sido dañados por el aluvión que había caído sobre un cuerpo. El inmenso y oscilante cuello obstruyó la luz, y una enorme pata se preparó para descender y enterrarlo de un solo golpe. En aquel mismo momento, Conway se vio súbitamente atraído hacia arriba y hacia un lado... hacia el lugar donde una especie de ciruela seca, en el interior de una esfera de jarabe, flotaba en el aire.

—Con la excitación del momento olvidé que necesitaba usted de un dispositivo mecánico para teleportarse —dijo Arretapec—. Por favor, acepte mis disculpas.

—D-d-de acuerdo —dijo Conway, alucinado. Hizo un esfuerzo por dominarse, vio al equipo de uno de los proyectores de rayos presores allá abajo, y les gritó—: ¡Traigan otra radio y otro proyector tridimensional, aprisa!

Diez minutos más tarde, pese a las contusiones y magulladuras, estaba trabajando de nuevo. Se situó junto al agua, con Arretapec sujeto a su hombro, y la imagen de quince metros de alto irguiéndose sobre él. El médico VUXG, en comunicación con el brontosaurio oculto bajo el agua, en el fondo del lago, informó que el éxito o el fracaso de toda la experiencia dependía de lo que ocurriera a partir de entonces.

Conway aguardó, esperanzado por momentos, desesperado en otros. La espera no hubiera sido tan difícil si él no tuviera una idea de cuál era el objetivo de Arretapec. Pero, de pronto, la gran cabeza apareció en la superficie, y el enorme cuerpo se izó hasta la orilla. Lenta y pesadamente, las piernas traseras se doblaron, y el largo cuello se tendió hacia arriba. El brontosaurio quería saltar de nuevo.

Un nudo se formó en la garganta de Conway. Miró hacia el lugar donde se alineaban doce montones de follaje, uno de los cuales estaba preparado para ser enviado en su dirección. Asintió con la cabeza y dijo:

—Dénselos todos. Se los ha merecido...

—Sin embargo —dijo Conway, un poco rígido—, cuando Arretapec vio las condiciones existentes en el mundo de su paciente, y cuando su facultad precogniti-va le mostró cuál sería el futuro más probable del brontosaurio, sintió la necesidad de cambiar aquello,

Conway estaba en el despacho del psicólogo jefe, haciendo un informe verbal preliminar, y los ansiosos rostros de O'Mara, Hardin, Skempton y Lister lo rodeaban. Carraspeó y prosiguió:

—Pero Arretapec pertenece a una vieja y orgullosa especie, y hay que considerar el hecho de que el ser telépata aumenta su sensibilidad. Lo que se proponía hacer Arretapec era tan radical... podía conducir a su especie a un ridículo tal si fracasaba... que tenía que ser hecho en secreto. Las condiciones del planeta del brontosaurio indicaban que no aparecía ninguna forma de vida inteligente después de que los grandes reptiles se extinguieran y que, geológicamente, esto no estaría muy lejos. Se preveían cambios climáticos, y los animales no podrían aproximarse a las regiones más calientes, junto al ecuador, porque la superficie del planeta estaba formada por un gran número de continentes. Un brontosaurio no podía atravesar un océano. Pero si los reptiles gigantes pudiesen adquirir la facultad de teleportarse, la barrera oceánica desaparecería, y con ella el peligro de la aproximación del frío y la desaparición de la comida. Fue eso lo que consiguió el doctor Arretapec.

—Si Arretapec —interrumpió O'Mara— le dio al brontosaurio la capacidad de teleportarse actuando directamente sobre su cerebro, ¿no podría hacer lo mismo con nosotros?

—Probablemente no, por la sencilla razón de que hasta ahora nos las hemos arreglado muy bien sin ella —dijo Conway—. Por otro lado, el paciente fue llevado a comprender que la facultad era necesaria para su supervivencia. Una vez comprendido esto, la nueva facultad será usada y transmitida, porque se halla latente en casi todas las especies. Ahora que Arretapec probó que la idea es posible, todos sus semejantes querrán hacer lo mismo. Hacer nacer la inteligencia en lo que de otro modo sería un planeta muerto es el tipo de proyecto que debe parecer magnífico a esos seres...

Conway pensaba en la visión que tuviera de rechazo, a través de la mente de Arretapec,

del futuro en el mundo de los brontosaurios, y de las monstruosas pero extrañamente graciosas criaturas que existirían en él en ese futuro. Dijo:

—Como ocurre con la mayor parte de los telépatas, a Arretapec no le gustaba los métodos físicos de investigación. Sólo cuando le mostré el perro del doctor Mannon, y le hice comprender que la mejor manera de llevar a un animal a hacer uso de una nueva capacidad era la de enseñarle a jugar con ella, empezamos a conseguir algo. Le demostré esto atrayendo al perro con almohadones y tirándoselos luego... y probando así que a los animales no les importa que a veces seamos con ellos un poco... brutales...

—Así —observó O'Mara, mirando hacia el techo— que eso era a lo que dedicaba usted sus tiempos libres...

El coronel Skempton tosió.

—Es usted demasiado modesto —dijo—. Fue una estupenda idea la de proteger el casco con rayos tractores y presores...

—Solo una cosa más —dijo Conway apresuradamente—. Arretapec oyó que algunos de sus hombres llamaban al paciente Emily. Le gustaría saber por qué.

O'Mara hizo una mueca y dijo:

—Aparentemente, a uno de los hombres de Manutención le gustan los libros antiguos. Recordó a las hermanas Bronte, Emily y Anne... así que llamó a nuestro paciente «Emily Brontosaurio». Debo confesar que tengo un interés patológico por una mente capaz de tal idea...

Conway sonrió. Explicarle aquello al doctor Arretapec sería su último trabajo con la criatura... e iba a ser también el más difícil.

Al día siguiente, Arretapec y el brontosaurio partieron, el oficial de Transportes que tenía la misión de abastecer el Hospital suspiró aliviado, y Conway se vio de nuevo en el servicio de salas. Pero esta vez su trabajo no era mecánico. Fue asignado a Maternidad, y aunque tenía que usar los datos, las medicinas y las investigaciones provenientes de Thornnastor, el Diagnosticador jefe de Patología, no tenía a nadie dándole órdenes. Y O'Mara incluso le prometió un asistente. Le dijo:

—Desde que usted llegó aquí, ha dado la impresión de entablar relaciones más aprisa con los extraterrestres que con los miembros de su propia especie. La cooperación que le fue exigida en relación con el doctor Arretapec era una prueba, y usted la superó de la mejor manera posible. El asistente que le enviaré dentro de unos días sera otra.

O'Mara hizo una pausa, agitó dubitativo la cabeza y añadió:

—La verdad, no solo se desenvuelve usted extremadamente bien con los e. t., sino que nunca oí que anduviese a la caza de las hembras de su misma especie...

—No tengo tiempo —protestó Conway—. Dudo que alguna vez lo tenga.

—Oh, bueno, la misoginia no es la peor de las neurosis —respondió O'Mara, y aquello terminó la discusión. Consecuentemente, Conway regresó a sus salas, y trabajó mucho más que si tuviera un médico jefe dándole órdenes a todo momento. Y como estaba tan ocupado, ni siquiera oyó los rumores que habían empezado a circular acerca del extraño paciente que había sido admitido en la Sala de Observaciones Número Tres.

FIN

Tomado de: Hospital del Espacio
Titulo Original: Hospital Station
Autor: James White
Traducción: S. Castro

Mas información en: [Hospital del Espacio](#), un articulo escrito por Luis Bolaños y Daniel Mejía y publicado en Velero 25.